

mos la cabeza en señal de desprecio, si cuando nos llama y nos insta, hacemos el sordo á sus exhortaciones, ¡ oh entónces ya no somos hombres de buena voluntad, y es de temer que en lugar de un Salvador lleno de misericordia, nos haya nacido un juez severo en el humilde establo de Belen.

¡ Oh no, que no sea así! En estos días, en que veneramos la santa infancia de Jesús; ante la paja donde reposa el tierno Niño, avivemos nuestra fé, enfervoricemos nuestro corazon, postrémonos á sus piés con entera confianza y supliquémosle haga de nosotros cristianos valerosos y enérgicos y hombres de buena voluntad, á fin de que Él sea para nosotros un Salvador, que nos sostenga y dirija en medio de los frecuentes peligros de esta vida y nos conduzca á la bienaventuranza eterna. Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

(MAT., VIII, 1-13.)

#### Deberes de los amos para con sus criados.

**TEXTO.** *Domine, puer meus jacet in domo paralyticus, et male torquetur.* Mi siervo yace en casa paralítico, y es gravemente atormentado.

**EXORDIO.** Hermanos míos, nuestro Señor acababa de dar al pueblo la magníficas enseñanzas, contenidas en lo que se llama el *Sermon de la montaña*. Bajaba Él, seguido de una gran muchedumbre del pueblo, cuando, para confirmar la fé de aquellos, que le habían oído y autorizar más su palabra, hizo los dos milagros, relatados en el Evangelio del día de hoy: « Hé aquí que un leproso, yendo hácia Él, le adoraba diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús extendiendo la mano, le tocó y dijo: Quiero, sé limpio? Y la lepra desapareció en el mismo instante.

Entónces Jesús le dijo: Guárdate de decirlo á nadie; mas vé, muéstrate á los sacerdotes, y ofrece el presente, que mandó Moisés, para que esto les sirva de testimonio. — Habiendo entrado Jesús en Cafarnaum, vino á él un centurión, rogándole: Señor, mi siervo, yace en casa paralítico y es gravemente atormentado. Jesús le dijo: Iré y le sanaré. El centurion replicó: Señor, no soy digno de que entreis en mi casa, pero decid sólamente una palabra y mi siervo quedará sano. Pues yo, con ser hombre súbdito de otros, tengo soldados bajo mi mando y digo al uno: Vé, y va; y al otro: Ven, y viene, y á mi siervo: Haz esto, y lo hace: Y oyendo Jesús estas palabras, se maravilló, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo, que no he hallado tanta fé en Israel. Por eso tambien os aseguro, que vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se sentarán en el reyno de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob; mas los hijos del reino serán arrojados á las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. Entónces Jesús dijo al centurión: Vé, y hágase como has creído. Y su siervo quedó sano en el mismo momento. »

**PROPOSICIÓN.** En efecto, hermanos míos, este relato del santo Evangelio podría servir de base á varias consideraciones, todas éllas de gran utilidad. Veríamos en el leproso el miserable estado de un alma, inficionada por el pecado mortal; en la obligación de presentarse al sacerdote, la necesidad de la confesión. Tambien podríamos fijarnos en la fé tan ardiente y humilde del centurión, que le valió la admiración de nuestro divino Salvador. Pero estas diversas consideraciones, sobre las cuales nos fijaremos mas tarde, no constituirán el objeto de esta instrucción. Esta mañana llamaré vuestra atención sobre el afecto y abnegación, que manifiesta á su siervo el centurión de nuestro Evangelio.

**DIVISION.** Citandóoslo como ejemplo, me propongo deciros cuales son los deberes de los dueños para con sus criados; *primera-mente*: con relacion al cuerpo é intereses temporales; y *en segundo lugar*, relativamente á los intereses espirituales, es decir, del alma.

*Primera parte.* Deberes de los dueños con relacion al cuerpo

é intereses temporales de sus criados. Desde luego, para mayor claridad, os diré, hermanos míos, que bajo el nombre de dueño comprendo á todo aquel, que tiene bajo su dependencia, ya de una manera estable, ya provisional, á criados ó trabajadores de cualquier clase. Y en efecto, aunque no fuésemos mas que simples artesanos, y aun siendo criados, desde el momento que empleamos á alguien, sea para la confección de nuestros vestidos, sea para el servicio de nuestras casas, venimos á ser en cierto modo sus dueños, y ellos nuestros criados. Hago esta explicación tan familiar, á fin de que todos podamos comprender, que la instrucción que voy á dar no se dirige sólo á los ricos, sino que puede ser tambien útil y provechosa á cada uno de nosotros.

Veamos primeramente cuales son los deberes de los dueños relativamente á los intereses temporales de los criados ú obreros que emplean en su servicio. Admiremos aquí lo que hace el centurión. Su criado está enfermo, ved su intranquilidad, su celo y todos los medios, que emplea para conseguir la curación del mismo. San Lucas, refiriendo este milagro con más detalles, nos dice que envió desde luego á los más ancianos de los judíos, para rogar á nuestro divino Salvador que viniese y curase á su siervo <sup>1</sup>. Pensaba que serían mas favorablemente acogidos que él, siendo ellos de la misma nación, miéntras que, por el contrario, él era extranjero en aquel pais, un Español segun cuenta la tradición <sup>2</sup>, el cual estaba de guarnicion en esta ciudad de Judéa. No contento con haber enviado mensajeros, cual madre inquieta por la salud de su hijo, y á la cual parécele una hora cada minuto, que tarda en venir el médico, corre él mismo en busca del Señor y le encuentra no lejos de su casa. Aproxímase á Él y todo conmovido le dirige esta súplica: « Señor, mi siervo yace en casa parálítico, y está muy malo. »

Ved, hermanos míos, cuanta afección por este siervo, cuanta desazon y tormento á causa de la salud de un pobre criado ó quizás de un esclavo.

<sup>1</sup> Luc. vii, 1 y sigtes. — <sup>2</sup> Cf. *Corn. a Lapide*.

¡ Oh noble centurión, á vos que habéis sido educado en las tinieblas del paganismo, ¿ quién os ha enseñado tan tierna solicitud para con vuestros inferiores ? ¿ Porqué, apreciáis tanto la salud de un criado ó de un esclavo ? Le tratáis como uno de vuestros hijos, interesais á favor suyo vuestros amigos, y por él recurrís á la oracion é invocáis á Jesús ! Parece como si fuese de vuestra familia, y quizás no hariais mas por vuestros hijos ó por vuestra esposa !...

¡ Qué lección tan interesante para nosotros, cristianos ! Pero ¡ cuán mal interpretada é imitada ! ¡ Ah, Dios me es testigo, que no quisiera ofender á nadie ! Ricos y pobres, dueños y criados, á todos os quiero desde lo más profundo de mi alma ; pero bien á pesar mio debo deciros la verdad... Héla aquí : ¿ No se ve muchas veces á dueños, que en algun modo especulan sobre las fuerzas y salud de aquellos, que están á su servicio ó de obreros, que emplean, imponiéndoles trabajos extraordinarios, y á causa de su avaricia no estar nunca contentos de su trabajo ? ¿ No se ven tambien algunos que les merman la comida, mientras les prodigan el trabajo ?... ¡ Miserables ! ¿ Acaso este hombre, cuyas fuerzas se debilitan en vuestro servicio, ese infeliz obrero, que para ganar un mezquino jornal, destinado á la manutencion de su familia, ese pobre, que os entrega su independecia, no es un hermano vuestro, no es vuestro igual ante Dios, y rescatado como vosotros, con la preciosa sangre de Jesús ?... ¿ Acaso su cuerpo es de hierro, para exigirle trabajos imposibles ? ¡ Oh cristianos, qué pasión tan bárbara es la avaricia !... ¡ Oh, lo repito, Dios me guarde de ofender á ninguna personalidad !

Pero ¿ no hemos visto aquí, ó en otra parte, á ricos malvados despedir cruelmente á sus criados, cuando los pobres eran viejos, de la misma manera que se arrincona un carruaje muy usado ? ¿ No hemos visto, tambien aquí ó en otra parte, arrojar sobre la paja, ó enviar al hospital á criados, que habían servido con fidelidad y abnegación ?... ¡ Son los tales hombres tigres, sin corazon, que debían avergonzarse de éllo !... Dios les maldecirá, y quizás les ha maldecido ya !...

Pero al mismo tiempo me complazco en reconocer, que entre vosotros, que me escucháis, amados hermanos míos, no hay hombres tan duros y avaros. Sin embargo, decidme : ¿ Nos ponemos siempre nosotros en el lugar de aquellos, que nos sirven ó empleamos ? Una máxima profundamente cristiana es esta : « Haced con los demás lo que quisieráis, que se hiciese con vosotros ; y lo que no queráis para vosotros, no queráis para nadie » Coloquémonos por un momento en el lugar de nuestros criados ú obreros. ¿ Nos alegraríamos, que se nos hablara siempre con amenazas y á regañadientes ? ¿ Nos gustaría que se nos dijese palabras tan duras como éstas : Es preciso hacer eso, de lo contrario, os echo de casa y os despido, no os daré mas trabajo, y otra porción de frases de semejante jaez ? ¿ Veríamos con gusto el que se nos regateara el jornal, que justamente debemos ganar, y que ganado, se nos retardara la paga del mismo ? Supongamos que, estando vosotros en necesidad, se abusara de vuestra triste situación, y se os hiciera trabajar á vil precio : ¿ Estaríais contentos ? No. Pues bien, hermanos míos, lo mismo hemos de pensar de nuestros criados ú obreros, que empleamos. Así pues, seamos justos con ellos, tratémoslos como quisiéramos, que se nos tratase á nosotros, y en sus enfermedades y miserias corporales, ya que somos cristianos, sigamos á lo menos el ejemplo que nos da el centurión pagano.

*Segunda parte.* Veamos ahora los deberes de los dueños con relación al alma de sus criados ú obreros que emplean. San Pablo á este propósito emplea una frase muy severa, pero llena de verdad, cuando dice : *Si alguno no tiene cuidado de los suyos y mayormente de los de su casa, ha negado la fé y es peor que un infiel*<sup>1</sup>. Estas palabras os sorprenderán, mas si sois cristianos y tenéis fé, no deben extrañaros ; Pero ay ! hoy más que nunca es bueno recordarlas, y nosotros, los sacerdotes, tenemos el sagrado deber de hacerlo. Existe infinidad de señoras cristianas, dedicadas á hacer actos humanitarios, y asociadas á muchas cofradías pia-

1. I Timotéo, v, 8.

dosas, y sin embargo no se preocupan ellas por averignar, si sus criados santifican el día del Señor. Y digo más, hasta hay algunas que prefieren que pierdan la misa sus criadas, ántes que no tener la comida á su hora. Decidme, hermanos míos, si sois cristianos, no ignorais, que el asistir á misa los domingos es una grave obligacion, y ¿ no permitís á vuestras criadas cumplir con este precepto, por temor de que sufra retraso vuestra comida ? ¡ Oh falsa é ignorante religion, ¡ oh piedad ilusoria y digna de compasion !... Se trata de que un alma, tan preciosa como la vuestra á los ojos de Dios, cumpla un deber sagrado y evite un pecado mortal ; ¡ y no pensais en ello !... Miétras no sufran alteración vuestras costumbres, todo está bien, poco os importa que se ofenda á Dios !... ¡ Si alguna persona se halla entre vosotros, que obre de esta suerte, por mas que parezca piadosa, no lo es, se lo digo en verdad, y si su religion no es una máscara, es á lo menos muy poco ilustrada.

¡ Ah hermanos míos, esto mismo puede reprocharse á cada uno de nosotros. Si, todos nos mostramos insensibles y desobligados respecto del alma de los que nos sirven. ¿ Tengo necesidad acaso, para que me comprendáis mejor, de extenderme en mas detalles ? ¿ No vemos á hombres cristianos, labradores por ejemplo, que no quisieran faltar á los oficios divinos, y encargan empero los domingos algun trabajo á sus criados, por lo cual éstos no pueden ir á misa ? ¿ Y estos mismos criados no harán lo mismo el día de mañana, cuando se encuentren en situación de tomar otros criados á sus órdenes ? Pongámonos la mano sobre el pecho, y preguntaos á vosotros mismos, si alguna vez, en ciertas circunstancias, no habéis obligado al albañil, al sastre, al ebanista ó á la modista á trabajar el domingo para vosotros. Si vuestra conciencia os responde favorablemente á esta pregunta, os felicito ; es prueba de que sois verdaderos cristianos, y sabéis lo que es un deber y lo que vale un alma. ¡ Un alma ! ¡ Ah lo digo ante Dios y ante todos los que me escucháis, muchas veces, se encuentran dueños avaros que someten las almas á un vil comercio ! ¡ Oh nada diré aquí, de aquellos miserables, que abusan del honor de una

pobre muchacha, tal vez alguna desgraciada huérfana, encomendada a sus cuidados ! ¡ Oh semejantes séres brutales no pueden encontrarse entre esta reunion de fieles, que me escuchan ! Pero quiero hablar algo de esos mercados sacrílegos, que yo he encontrado, y se ven frecuentemente, y de los cuales nadie se avergüenza, pues se publican en alta voz. Preséntase un criado ; será, si lo queréis, destinado á conducir el carruage de un rico labrador, ó empleado en un almacén. Con mucho gusto, dice el dueño : acepto vuestros servicios ; pero el trabajo apremia en mi casa y no tendréis libre más que la tarde del domingo. Hasta medio día del domingo el uno guiará el carruage, y el otro estará aguardando las órdenes, que se le dén.

¡ Desgraciado ! Pero oye, comerciante codicioso, ó avaro labrador, ¿ no sabes que este hombre tiene un alma. ? Y tú, pobre criado, ¿ puedes olvidar la religion, que te enseñó tu madre, lo que te dice el catecismo, y sobre todo las promesas de tu primera comunión ? No importa, el mercado infame se ha estipulado, el criado ha ganado algunos francos más, y el rico con su oro ha podido comprar el alma de este infeliz ! Ya sabéis, hermanos míos, que todo esto es verdad y demasiado verdad por desgracia.

Tristísimo es ésto ; y tal vez haya algo más lastimoso aun... Escuchad una hitoria, la cual es tan vulgar, que dirigiendo una mirada á los que se encuentren á nuestro alrededor, tal vez encontraréis muchos, que tengan parecido con élla. Un dia, hace ya muchos años, dirigiéndome á un padre de familia, que me parecía, que conservaba en su corazon sentimientos de cristiano, le decía yo estas palabras : ¿ Porqué, hermano mío, no venís con más frecuencia á misa ? ¿ Porqué faltabais en élla el mismo día de Todos los Santos ?... Vaciló un momento antes de contestarme y luego me respondió con las lágrimas en los ojos : — ¡ Ah, señor, qué desgracia tan grande el ser pobre ! Estoy trabajando por un fulano ; y precisamente me vinieron con exigencias de trabajo en el mismo día de la fiesta. — Era preciso rehusarlo. — ¡ Rehusarlo ! me respondió, eso os es muy fácil decirlo ; y cuando vaya en medio del rigor del invierno á pedirle pan, para alimen-

tar mí numerosa familia, entónces contestará con tono burlesco lo que ya me ha dicho otras veces : « ¡ Ahora vé á misa á rogar á Dios y que te lo dé él. » Y sin embargo lo que le reclamaba, me lo tenía bien ganado !... ¡ Oh, cuántos dueños hay crueles y avaros ! y cuántos hombres encontramos, que abusando de su situación, no sólamente no tienen ningun cuidado del alma de sus criados, sino que además tratan de pervertirla, y alejarla de Dios, valiéndose de sus riquezas, para privar á los pobres del dulce consuelo, que encontrarían en nuestra santa religion !...

No era así, hermanos míos, el buen centurión, de quien me ocupaba ántes, pues la ternura, que profesaba á su criado, y el celo, con que procuró su restablecimiento, nos prueban de una manera clara y evidente, que tenía algun interés por el alma de su propio siervo. Y aunque el Evangelio no lo dice, nos es sin embargo permitido creer, que tuvo mucho cuidado el citado centurión, como el príncipe, cuyo hijo habia curado Jesucristo, que su siervo lo mismo, que toda su familia creyese como él en Jesucristo : « *Credidit ipse, et domus ejus tota* <sup>1</sup>. »

PERORACIÓN. Sin duda, hermanos míos, que los criados y obreros tienen tambien deberes que cumplir con sus dueños y con aquellos que les proporcionan trabajo. De esto tendremos ocasión de hablar más adelante <sup>2</sup>. Por esta mañana me basta ya haberos recordado cuales son nuestros deberes con relación á nuestros inferiores. Con relación á su cuerpo é intereses temporales : debemos asistirles en sus enfermedades, no imponiéndoles trabajos extraordinarios, y acordándonos, que su cuerpo no es de hierro, que sus fuerzas se debilitan y que tambien tienen necesidad de descansar alguna vez. Creo, que tampoco necesito repetiros que es preciso darles un jornal decente, y que éste sea pagado religiosamente... Hemos dicho ya, que algunos olvidaban con deplorable frecuencia el alma de sus criados ú obreros. Es preciso que

1. Juan, IV, 53.

2. Véase en los tomos siguientes la xxxiv <sup>a</sup> homilia sobre los mandamientos de Dios.

se les deje cumplir con sus deberes religiosos, santificar el domingo y que dispongan de tiempo para asistir á misa... ¿ Es esto sólo?... No ; porque, como dice S. Agustin <sup>1</sup>, si es permitido á los dueños reconocer diferencias entre sus criados é hijos, cuando se trata de la partición de bienes ; esta diferencia, repito, debe desaparecer desde el momento que se trata de la salvación del alma de sus criados. Deben instruirlos, reprenderles y exhortarles á que sigan el camino de la virtud, como si fuerán hijos suyos. Tales son en resúmen, hermanos míos, los deberes que tenemos para con nuestros inferiores. Seamos buenos, amables y caritativos con ellos, acordándonos que son nuestros hermanos en Jesucristo y con derecho á compartir con nosotros las dulzuras de la vida eterna. Acordémonos que tienen, como nosotros, un alma rescatada con la sangre de nuestro dulce Jesús ; y que el mismo ha venido á la tierra para servir y no para ser servido : « *Non venit ministrari, sed ministrare* <sup>2</sup>. En efecto, se ha hecho esclavo por nosotros el bendito Salvador, á quien sea toda gloria, amor y acciones de gracias en los siglos de los siglos... Amen.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

(MAT., VIII, 13-27.)

### La Iglesia siempre perseguida y siempre victoriosa

TEXTO. *Quid timidi estis, modicæ fidei?* ¿ Porque teméis así, hombres de poca fé ?

EXORDIO. Hermanos míos, hé aquí lo que leemos en el Evangelio del día de hoy : « En aquel tiempo habiendo subido Jesús á una barca, siguiéronle sus discípulos. Y hé aquí que se levantó en el

1. *Ciudad de Dios*, lib. XIX, cap. XVI. — 2. Mat., XX, 28.

mar una gran tempestad, de tal manera que la barca era cubierta por las olas. Y, sin embargo, Jesús dormía. Entónces acercándosele sus discípulos espantados, le despertaron, diciendo : « Señor, sálvanos, que perecemos. » Jesús les dijo : ¿ Por qué teméis hombres de poca fé ? Y levantándose entónces, mandó á los vientos y á la mar, y se hizo gran bonanza. Entónces todos los que presentes se hallaban, maravillados, decían entre sí : ¿ Quién es este, á quien el mar y los vientos obedecen ? » Admirable prodigio, señal manifiesta de la omnipotencia de nuestro divino Salvador ! Después que, sanando á los enfermos, había mostrado que era él dueño de la salud y de la vida, quiso, para confirmar la fé de sus apóstoles, manifestar este poder, que como Dios posee sobre la naturaleza y los elementos. Sí, ciertamente se podía considerar con admiración á Aquel, que con un gesto, una palabra, calmaba los vientos y apaciguaba las olas irratadas. Había motivo para exclamar : « ¿ Quién es éste, á quien el mar y los vientos obedecen ? »

PROPOSICIÓN. Pero este relato de nuestro Evangelio contiene todavía otra enseñanza. « La barca, dice S. Agustin, es la Iglesia ; y el mar agitado el siglo. » — « Esta navicilla, dice otro Doctor, (Tertuliano) era la figura de la Iglesia, que en este mundo, como en mar borrascosa está continuamente combatida por las persecuciones y ataques, como por enfurecidas olas. »

El Señor, siempre paciente, parece que duerme, hasta que despertado por las santas oraciones, calma la tempestad y devuelve la tranquilidad á su Iglesia... En esta época, en que la divina Iglesia está tan cruelmente atacada ; en estos días, en que el soberano Pontífice, prisionero en su propio palacio, vé invadidos sus Estados y ocupada su capital por impíos codiciosos ; en estos días, en que el libertinaje y la impiedad hacen una asquerosa ostentación de sus triunfos, séame permitido, aprovechando la ocasión de este relato del Evangelio, ya para confirmar, ó para afianzar vuestra fé, quizás vacilante ante tales contradicciones ; séame permitido, repito, hablaros de la Iglesia...

DIVISION. Me propongo, pues, demostraros *primeramente*: que la